

El viaje a Bizancio

I

No es país para viejos: Sólo jóvenes,
unos en brazos de otros, aves entre las ramas,
generaciones que se saben moribundas,
al son de cuyo canto
cascadas de salmones, mares de macarelas,
parvadas, cuerpos o cardúmenes, encomian en verano
cuanto la vida engendra, cuanto nace y perece.
Preseas de aquella música sensual todos desdeñan
los monumentos de la mente sempiterna.

II

Triste cosa es un viejo:
un andrajoso abrigo montado en una estaca
—excepto cuando el alma bate palmas y canta
con ardor acrecido
por cada desgarrón de su mortal vestido.
Y pues el canto no se aprende en las escuelas
sino en los testimonios de su propio fulgor,
quise cruzar los mares y llegar
a la ciudad sagrada de Bizancio.

III

Oh sabios congregados en el divino fuego
cual en áureo mosaico,
desde el fuego venid, fecundantes espiras,
y enseñad a cantar al alma mía.
Del todo consumid mi corazón; vasallo del desecho
y ligado a la carne agonizante
de un animal desconocido. Llevadme con vosotros
al artificio de la eterna vida.

IV

Una vez desprendido de la naturaleza,
al encarnar de nuevo
nunca más buscaré modelos naturales;
la pauta seguiré de los orfebres griegos
que forjaban el oro y lo labraban
a fin de postergar sopores imperiales;
o me pondré a cantar sobre dorada rama
de aquello que pasó, que pasa o que vendrá,
para los caballeros y damas de Bizancio.

William Butler Yeats

Versión de Jaime García Terrés